

TROLL, EL JEFE

EL 4 DE NOVIEMBRE DE 2008, Estados Unidos entra en una nueva era... o, al menos, eso es lo que nos persuadieron a creer esa noche. Por primera vez, Estados Unidos elige a un presidente de origen africano para la Casa Blanca. Las fracturas que marcaron la historia de este gran país parecen finalmente superadas y todas las encuestas son unánimes: "El racismo ya no existe". Incluso en los estados más atrasados del Sur, ya no hay un solo votante dispuesto a admitir que su voto está influenciado por el color de su piel. Después de más de tres siglos, el crisol racial estadounidense parece haber finalmente encontrado su destino natural.

Sin embargo, esa misma noche del 4 de noviembre, lejos de los proyectores del Grand Park de Chicago, donde Barack Obama celebra su victoria, se produce un fenómeno muy diferente. Los datos de Google, que, a diferencia de las búsquedas tradicionales, revelan los pensamientos y comportamientos reales de las personas, nos dicen que durante esa noche, en algunos estados, el número de búsquedas de "primer presidente negro" –que podría traducirse como "primer presidente criollo"– supera el número de búsquedas de "primer presidente negro" – "primer presidente negro". Esa misma noche, la red social racista Stormfront registró el mayor aumento de suscripciones de su historia. En concreto, mientras la historia oficial anuncia el fin del odio racial, éste ya está en proceso de reorganizarse, adoptando la nueva forma, menos explícita y más contemporánea, lo que permitirá a estos grupos, ocho años después, regresar con fuerza. En ese momento nadie se da cuenta. Se necesitaría un brujo, más que un político tradicional, para decretar el fenómeno: desde los primeros meses de mandato de Obama, este brujo, capaz de movilizar a la base oculta más importante de votantes racistas, adoptará la improbable apariencia de Donald Triunfo.

Probablemente no tanto por su cabello amarillo, sus negocios sospechosos y sus poses teatrales. Pero sobre todo porque, en el otoño de 2008, el contratista neoyorquino es una de las figuras más populares entre los afroamericanos y los latinos. *The Apprentice*, el reality show que presenta con gran éxito desde 2004, y en el que desempeña su propio papel, atrae especialmente a las minorías porque presenta a jóvenes de todos los orígenes étnicos que compiten por alcanzar el sueño americano bajo una mirada implacable pero justa. de Donald. Al comienzo de cada episodio, un momento antes de subir al helicóptero que lleva su nombre, el magnate se dirige a las cámaras: "Dominé el arte de los negocios y transformé el nombre Trump en una marca de la más alta calidad. Como maestro, deseo transmitir mis conocimientos a cualquiera.

Entre los dieciséis jóvenes que, cada temporada, participan en la competición para merecer los favores del Maestro, hay, por supuesto, hombres y mujeres que representan la pluralidad de la sociedad americana. Y no es raro que ganen, como en el otoño de 2005, cuando el programa coronó a Randal Pinkett, un brillante afroamericano de 26 años. El Aprendiz es un escenario para la vitalidad de la sociedad multiétnica y a las minorías les gusta el programa. Por lo tanto, durante este período, Donald Trump es más popular entre los negros y los latinos que entre el público blanco.

Pero todo esto está a punto de cambiar muy rápidamente a partir de 2010. Es entonces cuando Trump detecta una teoría conspirativa que, hasta entonces, se circunscribía a los márgenes más extremos de la derecha alternativa: una teoría según la cual Barack Obama no nació en Estados Unidos. Estados. Por lo tanto, no tendrá derecho a ser elegido presidente: "Soy un poco escéptico sobre el nacimiento de Obama", declara Trump, "y no creo que quienes comparten esa opinión deban ser tachados tan apresuradamente de idiotas. " "Nadie lo conocía allí donde dijo que nació". "Hay algo en ese certificado de nacimiento que no le sienta bien a Obama". Así, poco a poco, de una frase a otra, Trump da vida a una campaña cuyo objetivo es obligar a Obama a presentar su certificado de nacimiento. Cuando la Casa Blanca finalmente publique el documento, Donald apuesta más alto y ofrece cinco millones de dólares a quien pueda proporcionar una copia original de la solicitud universitaria de Obama. En pocos meses, se consagra así como el oponente más radical y políticamente incorrecto del presidente.

Mucho antes del anuncio oficial de su candidatura, ya se pueden ver, en este tono inaugural, los principales ingredientes de lo que se convertiría en el trumpismo. En primer lugar, la señal de humo que convocó a la base del electorado blanco tradicional, impregnado de prejuicios y racismo, que vivió la elección de Obama como una aberración. Al cuestionar los orígenes del presidente, bajo el sutil velo

del argumento legal, Trump, en realidad, está cuestionando la legitimidad de una persona negra para ocupar la Casa Blanca. Al mismo tiempo, hace un guiño al electorado blanco, rural y urbano de la periferia, marginado dentro del sistema político estadounidense.

El segundo elemento de la polémica en torno al certificado de nacimiento es la teoría de la conspiración: detrás de la elección de Obama había una gran conjura que agrupaba poderes más o menos ocultos de las elites globales, capaces de falsificar la realidad para alcanzar sus propios objetivos en contra de los intereses del buen pueblo americano.

Finalmente, desde el principio las fake news constituyen el tercer ingrediente. El supuesto nacimiento de Obama fuera de territorio estadounidense es, por supuesto, mentira. El propio Trump admitirá el engaño unos años después, sin ningún pudor. Pero el hecho de que la trayectoria política de Donald se haya basado, desde el principio, en fake news no constituye, en modo alguno, un punto débil. Al contrario, sorprendentemente, será uno de los grandes puntos fuertes de su candidatura.

*

Cuando Trump lanza su campaña comunicacional sobre el certificado de nacimiento de Obama, nadie imagina que tal iniciativa podría servir como plataforma de lanzamiento para ascender a la Casa Blanca. Estamos en los Estados Unidos del siglo XXI, donde los blancos serán una minoría a partir de 2040 y donde la cultura dominante ha sido durante mucho tiempo la de la meritocracia y la corrección política en las grandes universidades, Hollywood y Silicon Valley. En un mundo como éste, Donald es, como mucho, un folclórico hombre de Cromagnon, una especie de superviviente de los dinosaurios de los años 1980.

Pero, en los márgenes de la vida política estadounidense, desde hace algún tiempo, existe un personaje que tiene la sensibilidad y la experiencia necesarias para olfatear antes que los demás las corrientes que se mueven bajo el aparente consenso de la Nueva América, particularmente en el mundo digital. . Es cierto que un episodio a priori sin importancia en el currículum de Steve Bannon marcó, de manera decisiva, su forma de ver las cosas.

En 2005, Bannon dejó Hollywood y se fue a Hong Kong. Allí participó en el lanzamiento de una empresa, Internet Gaming Entertainment, un modelo de negocio muy curioso. Esta empresa explota la popularidad de un videojuego, World of Warcraft, que cuenta con millones de fans en todo el mundo. El juego emplea a miles de jóvenes chinos, que juegan desde la mañana hasta la noche y acumulan trofeos virtuales (armas y oro) reservados para las estrellas del juego. Las ganancias virtuales luego se revenden, a cambio de moneda real, a jugadores occidentales más perezosos que

quieren progresar en el juego sin tener que pasar tanto tiempo pegados a la pantalla.

Surge un problema: este modelo enfurece a los verdaderos jugadores. Ahora, estos jugadores hicieron de los videojuegos su razón de vida. Para ellos, comprar trofeos en lugar de ganárselos es sinónimo de trampa y de ataque a los códigos de honor que rigen la vida de los guerreros digitales. Comienza así una violenta campaña virtual al final de la cual jugadores rebeldes obligan a la empresa propietaria de World of Warcraft a suspender las cuentas de los usuarios que protestan contra Internet Gaming Entertainment.

Para Bannon, este fiasco total es la oportunidad de descubrir una realidad cuya existencia ni siquiera imaginó. En Internet hay millones de jóvenes inmersos en una realidad paralela a la que están fuertemente apegados. En nombre de la defensa de esta esfera, están dispuestos a movilizar una enorme potencia de fuego, capaz de derribar empresas y hacer doblegar a los grandes colosos globales. Por supuesto, es un mundo anárquico, formado por comunidades difíciles de controlar e impregnado de una cultura a menudo misógina e hiperviolenta, al menos en la dimensión cibernética. Sin embargo, es allí donde se ha transferido una parte importante de la energía que históricamente ha hecho de los jóvenes la plataforma de disturbios y revoluciones. Muchos piensan que esta energía se ha disipado y desaparecido. De hecho, ella todavía está por aquí. Sólo necesitas saber cómo interceptarlo y luego

A partir de ese momento, Bannon empezó a prestar especial atención a las comunidades digitales. No a las comunidades bien pensantes y políticamente correctas que estuvieron en la raíz del éxito de la candidatura de Obama en 2008 y aplaudidas como motor de cambio global durante la Primavera Árabe de 2011. Pero a aquellas que son menos visibles y menos presentables, ese movimiento bajo el radar de los partidos y los medios tradicionales. Plataformas como 4chan, 8chan o los subgrupos del portal Reddit, que reúnen a millones de usuarios a través de encendidas polémicas contra los medios y el establishment político y nuevos dogmas de corrección política. Son microcosmos en los que ningún argumento es tabú y la única regla es la exageración, como una forma de atraer la atención y escandalizar a los bienpensantes con declaraciones abusivas, misóginas, racistas o antisemitas.

Mientras tanto, Bannon, procedente de su aventura en el mundo de los videojuegos, regresa a Estados Unidos y se alía con uno de los personajes más instigadores de la nueva derecha americana. Andrew Breitbart es periodista, escritor, hijo adoptivo de una pareja judía burguesa de Los Angeles. Creado en un ambiente progresista, Breitbart tuvo su gran avance político en 1991, durante el escándalo relacionado con el juez negro Clarence Thomas, un conservador

antiaborto preelegido por George Bush para un asiento en la Corte Suprema, acusado de agresión sexual contra su excolaboradora Anita Hill. "Seguí la investigación parlamentaria desde la posición de un buen liberal que quería que Clarence Thomas cayera", recuerda, "porque los presentadores estrella decían que Clarence Thomas era el hombre malo y Anita Hill la víctima amable. La Organización Nacional de Mujeres también describió a Clarence Thomas como el chico malo y a Anita Hill como la chica buena, y yo estaba del mismo lado. Me senté frente al televisor y vi las audiencias del Senado, esperando las pruebas que justificaran la acusación, porque en esencia era un proceso. Al final de la semana me pregunté: ¿cuándo se presentarán las pruebas? Le creo a Anita, muy bien. Admitamos que dice la verdad. ¿Y ahí? Si en tus seis años de carrera, pasando de un trabajo a otro con constantes aumentos salariales, lo peor que te pasó fue ver una lata de Coca-Cola con vello púbico encima, y la única forma que encontraste para lidiar con eso fue una audiencia pública en el Senado, ¿de qué estamos hablando? Esa fue mi epifanía, entendí que algo no estaba bien. No entendía cómo la NAACP (Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color) podía seguir así, de brazos cruzados, mientras privilegiaban a los blancos, como Ted Kennedy – ¡Ted Kennedy, ese Ted Kennedy! –, arrojó condenas sobre el comportamiento de un hombre hacia una mujer. Fue algo que me enfermó".

A partir de entonces, Breitbart comenzó a creer que el establishment estadounidense está impregnado de una cultura progresista hipócrita y elitista, que dicta los términos del discurso público y persigue sin piedad a todos aquellos que no se ajustan a sus dogmas políticamente correctos. En su libro-manifiesto de 2011, *Righteous Indignation*, Breitbart reconstruye la compleja génesis de la hegemonía cultural de la izquierda estadounidense. Según él, todo empezó con los teóricos de la Escuela de Frankfurt, exiliados a Estados Unidos para escapar de la persecución nazi. Estos filósofos, como Adorno, Horkheimer, Marcuse, abiertamente marxistas, intentarían inicialmente socavar los cimientos de la sociedad de consumo estadounidense, con su teoría crítica destinada a arrojar luz sobre la naturaleza alienante del capitalismo. En poco tiempo,

Así nacería lo que Breitbart define como el Complejo Mediático Demócrata, una máquina inexorable que traza los límites de lo justo y lo injusto, lo decible y lo indecible, y persigue ferozmente a todos los herejes e iconoclastas, especialmente los de derecha. Luchar contra esta máquina en su propio terreno, a través de los medios tradicionales y la industria del entretenimiento, es una batalla perdida incluso antes de comenzar: en estos mundos, el pensamiento progresista único se ha arraigado hasta el punto de convertirse en una segunda naturaleza para quienes están en su centro.

Internet, por el contrario, sigue siendo un territorio libre. Una frontera inexplorada y salvaje, en la que la hegemonía de la corrección política no ha tenido tiempo de plantarse. Es allí, por tanto, donde Breitbart decide abrir las hostilidades: "Estoy en guerra con el complejo mediático demócrata", declara. "Ellos lo saben. Sí, lo sé. Es una guerra abierta y quiero que caiga la Estrella de la Muerte".¹⁷

Desde el principio, Breitbart ha jugado a un alto nivel. En 1995, ayudó a Matt Drudge a lanzar su sitio web, Drudge Report, que poco después reveló al mundo la relación de Bill Clinton con Monica Lewinsky. Unos años más tarde participó, junto a Arianna Huffington, en el lanzamiento del Huffington Post. A través de estas experiencias, Breitbart pone en funcionamiento las técnicas fundamentales de la guerra de guerrillas virtual: cómo encontrar información y captar la atención en un entorno altamente competitivo; cómo virar el reflejo de lo que ellos mismos informan en contra de los medios tradicionales; cómo multiplicar clics y compartidos hasta generar un verdadero movimiento de opinión.

En 2005, Breitbart decidió participar individualmente en una guerra de guerrillas al fundar Breitbart News, un sitio web cuya ambición es ser el Huffington Post de la derecha. Su fuerza no reside tanto en su capacidad para recopilar información sino, sobre todo, en su capacidad para insertarla en una narrativa coherente. Por supuesto, una primicia de vez en cuando puede resultar útil. Pero sólo servirá a la causa si es una faceta de la guerra contra la hegemonía progresista. Reivindicar la cultura es la obsesión de Breitbart. Por eso destaca, en las noticias que publica, los problemas de inmigración, el terrorismo, la crisis de los valores tradicionales, todo ello en el esquema más general de una única gran batalla contra el establishment, que incluye tanto a demócratas como a republicanos moderados, ambos esclavos de la ortodoxia, de pensamiento único.

Es durante este período que sus relaciones con Bannon se estrechan. Ambos comparten claramente la misma visión del mundo. Así, Bannon decide acoger la redacción de Breitbart en sus oficinas de Los Angeles y, en 2011, le presenta a Robert Mercer, un millonario que acepta financiar la empresa, inyectándole diez millones de dólares.

El sitio pronto experimenta un ascenso total. Siembra escándalos – como el que reveló el exhibicionismo del congresista Anthony Weiner, joven protegido de los Clinton– y rápidamente se establece como uno de los puntos de referencia de la derecha radical estadounidense. Pero el 1 de marzo de 2012, la colaboración entre Breitbart y Bannon terminó trágicamente, cuando el primero murió de un paro cardíaco.

Solo, Bannon se ve obligado a tomar las riendas de Breitbart News, lo que hace con su energía habitual. "Los hechos se comparten; las

opiniones se encogen de hombros” es su eslogan: algo así como “Los hechos obtienen clics; las opiniones ganan el desprecio”. Bannon es un ideólogo tan convencido de sus propias ideas que a veces llega al fanatismo, pero sabe muy bien que los viejos argumentos no son suficientes para ganar la batalla cultural contra el establishment.

Tomemos como ejemplo a la pareja Clinton, el impecable dúo de poder que, en ese momento, reinó en Washington durante veinte años y representaba la bestia que debía ser masacrada por la derecha estadounidense. Para lograrlo –lo cual es esencial, ya que Hillary está en la primera posición para suceder a Obama– no debemos dejarnos cegar por el odio. Desde hace dos décadas, los enemigos de los Clinton difunden las teorías más inverosímiles, acusándolos de todo tipo de perversidades, con el único resultado de desacreditarse, sin poder llegar a la pareja demócrata. Ahora, piensa Bannon, es necesario abandonar el gueto umbilical de los profesionales del odio, a quienes ya nadie escucha, y conquistar a la opinión pública en un sentido más amplio. Es la única manera de añadir nuevos elementos a la lucha: construir minuciosamente un dossier, basado en hechos reales,

Por eso Bannon fundó un grupo de expertos, el “Government Accountability Institute”, dirigido por Peter Schweizer. Con el apoyo de Bannon, Schweizer pasa meses acumulando información sobre la “Iniciativa Global Clinton”, la fundación de Bill que recauda cientos de millones de dólares al año mediante financiación de todo el mundo. Esta organización es la base material de la pareja, pero también la plataforma de lanzamiento de la candidatura de Hillary a las elecciones presidenciales de 2016. Hablando a las “gargantas profundas” del círculo clintoniano y recorriendo los nodos más ocultos de la Deep Web, Schweizer reconstruye algunos de los aspectos más oscuros pasajes de actividades CGI. Cuando, por ejemplo, el magnate minero canadiense Frank Giustra dona millones a la fundación y luego, a bordo de su avión, lleva a Bill Clinton a cenar con el dictador kazajo Nazarbayev, obtención de una concesión para la exploración de yacimientos de uranio en el país. O en la ocasión en que otro donante financiero de la fundación obtiene, a cambio de su altruismo, la concesión de la red de datos móviles en Haití, donde Bill coordina los esfuerzos de reconstrucción tras el gran terremoto de 2010. Por no hablar de las decenas de multimillonarios con renombre fondos cuestionables que financian la fundación, o los honorarios que Bill se embolsa en todo el mundo por eventos públicos organizados a favor de algunas de las peores dictaduras del planeta.

Los frutos de esta meticulosa investigación se reunieron en un libro, Clinton Cash, que se convertiría en uno de los principales expedientes contra Hillary, combustible suficiente para alimentar, en un primer

momento, el desafío lanzado por Bernie Sanders a la izquierda y, en un segundo momento, momento, el ataque de Donald Trump.

En lugar de publicar el libro en la plataforma Breitbart, lo que lo condenaría a limitarse a los medios de comunicación de derecha, Bannon decide conceder exclusividad a los portavoces más odiados del establishment: el primero de ellos, por supuesto, fue el New York Times. Desde el principio, las revelaciones contenidas en los manuscritos de Clinton Cash han tenido un inmenso impacto en la opinión pública. Los clintonianos intentan desacreditar el libro, como han hecho en muchos otros casos, pero sin éxito: los hechos revelados por Schweizer están muy bien documentados.

A estas alturas, los grandes medios de comunicación sólo pueden seguir las pistas lanzadas por Bannon. Y se regocija: "¡Tenemos a los 15 mejores periodistas de investigación de los 15 mejores periódicos del país tras la pista de Hillary Clinton!" Por supuesto, entonces tendrá todo el tiempo del mundo para desarrollar este hilo sobre "Breitbart", transformando cada acusación contra Hillary en una enorme perorata destinada a generar millones de clics –porque, detrás de esta respetable fachada, Bannon aprovechó las lecciones de su breve incursión en el mundo de los videojuegos. Sabe que, bajo la superficie de la red, se agitan corrientes invisibles pero muy poderosas, alimentadas por la frustración de millones de individuos que se sienten marginados de la sociedad y por la "ira innata y sorda" de Estados Unidos, de la que Philip Roth ya habló en Pastoral Americana. Él cree que finalmente ha encontrado

A principios de 2013, el cebo se materializa repentinamente en la forma inesperada de Zoe Quinn, una desarrolladora detrás de un videojuego inusual. El juego "Depression Quest" es una especie de inmersión virtual en el mundo de la depresión, que Quinn conoce por experiencia personal. El objetivo es demostrar que un videojuego podría ser algo más que aventuras de soldados, ninjas y guerreros medievales, y que las mujeres podrían hacer un valioso aporte.

Los gamers, los jugadores "root", no reciben con agrado la noticia. Para ellos, los puristas, los videojuegos son aventuras violentas, reservadas esencialmente a los hombres, y así deberían seguir siendo. Quinn comienza entonces a ser blanco de ataques en Internet, que se convierten en huracán cuando su exnovio escribe un mensaje afirmando que había obtenido comentarios positivos sobre "Depression Quest" gracias a su relación con un periodista. El "ex" firma así la autoría del primer disparo en el bombardeo de jugadores que, por cientos de miles, lanzan insultos y amenazas de muerte contra Zoe Quinn. "La próxima vez que asistas a una conferencia, te golpearemos el cerebro", escribe uno. "Tendrás consecuencias permanentes, pero no lo suficientemente graves como para evitar que sigas temiendonos por el resto de tu vida". El actor Adam

Baldwin incluso creó el hashtag #gamergate, en Twitter, para coordinar los ataques. Los trolls descubren y comparten la dirección de Quinn y otra información personal en línea, hasta el punto en que se ve obligada a abandonar su casa. Todos aquellos que intentan defenderlo se convierten, a su vez, en blanco de ataques muy violentos. Entre septiembre y octubre de 2014, se crearon más de dos millones de mensajes sólo en Twitter que contenían el hashtag #gamergate.

Esto ya no es una controversia. Es una guerra abierta. Y el objeto de la impugnación va mucho más allá del caso específico. El verdadero problema es este: ¿a quién pertenece el mundo de los videojuegos? ¿A todos aquellos, hombres y mujeres, que quieran participar aportando sus ideas y pasiones? ¿O al núcleo de los jugadores puros y duros, unos pocos millones de jóvenes unidos por una subcultura misógina y violenta, cultivada por años de práctica en Internet e intercambios en plataformas como 4chan, 8chan y Reddit?

Esta guerra podría limitarse al mundo de los videojuegos. Pero no conté con Steve Bannon, quien, fiel a su personaje, pasa por esos lares con una caja de cerillas en la mano. Para él, Gamergate es la oportunidad soñada de reclutar finalmente jugadores en la batalla contra el establishment político y mediático.

Así entra en escena Milo Yiannopoulos, con diferencia el personaje más colorido de la galería de los ingenieros del caos, a pesar de ser una gran variedad de tipos. Inglés de treinta años, homosexual, chico guapo, monstruosamente seguro de sí mismo, Milo, como él mismo se hace llamar, es cofundador de una revista online dedicada a las nuevas tecnologías, "The Kernel", que se hizo conocida por su enfoque irreverente. Sus admiradores lo definen como "un cruce entre un pitbull y Oscar Wilde", mientras que, a los ojos de sus oponentes, no es más que un Narciso cínico, capaz de cualquier cosa para llamar la atención e impresionar a su público.

Sea lo que sea, Yiannopoulos comprende que Gamergate es un gran movimiento sin rostro y decide convertirse en ese rostro. Empieza a correr la voz de que, en esta historia, las verdaderas víctimas no son Quinn y otros desarrolladores y periodistas, casi todos mujeres, a pesar de haber sido blanco de miles de insultos y amenazas. No, las verdaderas víctimas son ellos mismos, los trolls, estos guerreros contemporáneos que luchan contra la censura progresista en nombre de la libertad de expresión que, para Milo, debe ser absoluta. "Hay un ejército de programadores y activistas feministas psicópatas", escribe, "protegidos por blogueros que son esclavos de la corrección política, que buscan apoderarse de la cultura de los videojuegos". Nada más normal, entonces, que, ante una ofensiva de este tipo, los jugadores intenten defenderse.

No sorprende que una posición como ésta atraiga la atención de Bannon. Ahí, finalmente, está el eslabón perdido entre tu guerra contra el establishment y las masas ociosas de trolls y jugadores. Así dicho, así hecho: Bannon convoca a Milo a sus oficinas en Washington.

“Cuando lo conocí por primera vez, recuerden, vi un personaje capaz de establecer conexiones culturales como Andrew Breitbart. Tenía el coraje, la inteligencia, el carisma; hay algo especial en personas así. Simplemente tienen una marcha extra. La diferencia es que Andrew tenía un universo moral muy fuerte, mientras que Milo es un nihilista inmoral. Supe desde el primer momento que sería un meteorito fantástico”.

Mientras espera que el meteorito Milo complete su trayectoria, Bannon trabaja para capturar su energía. Milo es puesto a cargo de una nueva sección del sitio web “Breitbart Tech” con una misión muy precisa: “Debes movilizar este ejército. Metámoslo a través de Gamergate u otra ruta, y luego convirtámoslo a la política y a Trump”.

Milo no necesita que se lo digan dos veces. “Nuestros lectores están cansados de ser tildados de trolls, acosadores o misóginos simplemente porque no se ajustan a las opiniones de los periodistas”, proclama en un vídeo de presentación de “Breitbart Tech”. “Queremos defender a los usuarios de 4chan que quieren permanecer en el anonimato, a los usuarios de Reddit que luchan contra los moderadores invasivos. Defenderemos a los jugadores contra todos aquellos que sean lo suficientemente estúpidos como para acosarlos”.

Para Milo, como para Bannon, la batalla de los jugadores es parte de un contexto más amplio. Las libertades fundamentales, empezando por la libertad de expresión, se ven amenazadas por la ortodoxia progresista. Así, los “disidentes anónimos de hoy” serían como los autores de los Federalist Papers, los fundadores de la democracia estadounidense Alexander Hamilton y James Madison, quienes al principio también escribían bajo seudónimos.

Para evitar malentendidos, el día del lanzamiento de Breitbart Tech, el sitio publica una entrevista exclusiva con Donald Trump. “A excepción de Hillary Clinton, gracias a su escándalo de los correos electrónicos”, anuncia irónicamente al inicio de la entrevista, “pocos candidatos presidenciales se han expresado sobre temas tecnológicos durante esta campaña. Como lo demuestra la entrevista exclusiva concedida por Donald Trump, en la que habla de hacking, ciberguerra e inteligencia artificial”.

El mensaje que “Breitbart” envía a los jugadores y otras personas del universo digital es claro: su mundo está en peligro, la poderosa máquina de la corrección política y los censores democráticos quiere quitarles todo lo que más valoran, la libertad de expresión, el

anonimato, es decir., la esencia de lo que ha definido hasta ahora la cibercultura. La única manera de salvarse es haciendo política. Unase a nosotros y a Trump para luchar contra el establishment, los medios y la política tradicional, para defender sus derechos y su identidad.

De esta manera, la soberanía clásica se casa con la forma más contemporánea de soberanía digital. Ser "tu propio hombre" no se aplica sólo a la frontera con México o la entrada de musulmanes al país. Lo mismo se aplica al ciberespacio, que debe continuar como está, sin interferencias.

Los trolls están abiertamente invitados a la guerra. Y, al mismo tiempo, Milo se expande mucho más allá de las fronteras de los foros tecnológicos, transformándose en un personaje público integral.

Después de todo, el esquema es muy simple. Yiannopoulos es un homosexual que declara que nunca trabaja con otros homosexuales porque "consumen muchas drogas, tienen relaciones sexuales excesivas, nunca van a trabajar y siempre están poniendo excusas. Casi peor que las mujeres". Además, considera que las lesbianas son meras fanfarrones, mujeres buscadoras de cariño que deberían calmarse, ya que "la homosexualidad femenina no existe genéticamente". Yiannopoulos tiene una madre judía y un marido afroamericano, pero coquetea peligrosamente con los movimientos supremacistas y neonazis estadounidenses. Un vídeo lo muestra cantando "America the Beautiful" en un bar, ante los aplausos de un público que hace el saludo nazi. Técnicamente, Yiannopoulos es un inmigrante, pero está completamente a favor de construir el muro en la frontera con México y prohibir la entrada a los musulmanes. De hecho, Milo siente un travieso placer al hacer estallar los supuestos de la izquierda identitaria estadounidense: "Soy un inmigrante judío gay que sólo se acuesta con hombres negros y que es verdaderamente, verdaderamente, de derecha. ¡Los vuelve locos!

Agreguemos que Yiannopoulos es un troll, capaz de ser expulsado de Twitter por su campaña de insultos contra el protagonista de Los Cazafantasmas. Según Milo, la izquierda quiere ser policía del humor porque no puede controlarlo, pero, en realidad, se erige en juez de la sensibilidad de las personas, con su habitual complejo de superioridad. Aunque sean crueles, las palabras nunca han hecho daño a las personas, según Yiannopoulos, que se presenta como un gran defensor de la libertad de expresión. "Es lo único que es realmente sagrado para mí", dice. "Porque los límites de lo que se considera un discurso aceptable en Estados Unidos se han vuelto demasiado estrechos". Para Milo, el troll es "una forma de periodismo hecho por cualquiera que no esté sentado en una sala de redacción", y los trolls son "las únicas personas que todavía dicen la verdad,

El propio Trump es un troll. La polémica sobre el certificado de nacimiento de Obama ya es una forma de trolling, y toda su campaña

oficial sigue la misma línea. En junio de 2015 irrumpió en la campaña electoral con dos maniobras que habrían acabado con cualquier candidatura tradicional. Primero, oficializa su participación en las primarias republicanas con un discurso aparentemente improvisado contra los inmigrantes mexicanos a los que define, entre otras cosas, como "violadores". Unos días después, Trump habla del senador republicano John McCain, una verdadera institución de la política estadounidense, con el halo de respeto en todo el espectro constitucional. "No es un héroe de guerra", dice Trump. "Porque fue capturado. Me gusta la gente que no se deja capturar".

El discurso sobre los mexicanos aún continuaba, pero ¿un candidato republicano que "controla" a McCain y a los veteranos de guerra? Nunca se había visto nada parecido en las filas del Gran Viejo Partido. La ola de indignación es inmediata y violenta. El líder del partido excomulga abiertamente a Trump: "No hay lugar en nuestro partido ni en nuestro país para comentarios que ofendan a quienes le sirvieron con honor". Trump entra en el índice de toda la clase política estadounidense: indigna, miserable, repulsiva. En las redacciones, los periodistas se alegran. Matt Taibbi de Rolling Stone informa: "Ahora esperamos que Donald adopte la posición clásica y se someta al ritual de expiación para aquellos que dieron un paso en falso, comenzando con el Acto de Contrición Pública".

Es en este momento cuando Trump, contra la corriente, hace algo absolutamente sin precedentes. No intenta disculparse de ninguna manera y afirma, sin pestañear, que nunca dijo que McCain no fuera un héroe. "Si alguien es un prisionero, lo considero un héroe", dice. ¿Como así? ¡Dijo lo contrario! ¡El vídeo está ahí! Los periodistas están alarmados: ¿cómo es posible que un candidato a la Casa Blanca niegue las pruebas?

Y sin embargo, es así. Trump supera el incidente de McCain con la facilidad de un golden retriever y sigue ganando apoyo. Luego sigue la larga serie de aparentes meteduras de pata y mentiras comprobadas que le conducirán triunfalmente a las elecciones de noviembre de 2016. Tras el episodio de los veteranos, vienen los insultos machistas contra una periodista de televisión ("le sale sangre de todo por todas partes", dice el candidato); la imitación de un reportero discapacitado físicamente que lo criticó; los apodosos infantiles con los que honra a otros candidatos republicanos (Marco Rubio se convierte en "Pequeño Marco" y Ted Cruz, "Ted el mentiroso"). Hacer campaña contra Trump significa ser arrojado al patio de una escuela, donde el matón de la clase es semianalfabeto,

Los concedores están desconcertados, pero al público le encanta (por no hablar de los jugadores...) y recompensa a su favorito con valoraciones cada vez más altas, permitiéndoles realizar campañas

con una fracción del dinero utilizado por otros para promover sus candidaturas.

El megáfono de Trump es la incredulidad y la indignación de los medios tradicionales que caen ante todas sus provocaciones. Lo promocionan y, sobre todo, dan credibilidad a su pretensión, a priori absurda para un multimillonario neoyorquino, de ser el candidato antisistema.

Sin los gritos diarios y escandalizados de los comentaristas políticos, los concedores de Washington y los intelectuales vestidos de negro, sería difícil para Trump acreditarse como abanderado de la ira de los abandonados contra el sistema. En estas condiciones, por el contrario, todo resulta más fácil. Los espectadores de la América rural sólo necesitan observar la reacción de sorpresa de las elites urbanas ante la candidatura de Donald para convencerse de que, efectivamente, este hombre puede representar su cansancio con todo lo que viene de Washington.

La campaña de Hillary emplea a más de mil personas. La de Trump, diez veces menos. De hecho, sólo necesita ser él mismo para catalizar la atención de los medios y del público, mientras que los "estrategas" de Hillary informan que "están trabajando para hacerla parecer más espontánea".

El gran mérito de Trump es, en el fondo, que entendió que la campaña electoral era un formato televisivo falso, producido por diletantes y poniendo en escena personajes tristes y sin vida, que probablemente no habrían pasado una preselección para la Rueda de la Fortuna, y menos aún de un reality show seguido por millones de fanáticos de Kim Kardashian y Justin Bieber.

Es en este paisaje tibio, dominado por directores y actores de segunda categoría -la terrible Clinton, el terrible Bush y algunas apariciones improvisadas de personajes con el entusiasmo de quien hace cola en la oficina de correos, pensando "tarde o temprano, me llegará el turno. ven" - que Trump aparece en la sala como Clint Eastwood en una película del oeste.

"He trabajado en el mundo de la dramaturgia durante diez años", dijo un productor al New York Times, "y puedo decirles que Donald es exactamente lo que buscamos en nuestros castings. No es complicado y es auténtico. Puedes entender su personalidad escuchándolo hablar durante quince segundos. Su emblema es la autopromoción. Sus edificios son altos y dorados, con el nombre TRUMP escrito en mayúsculas y negritas [...] Durante las campañas políticas hay conflictos, pero a veces estos tienen demasiados matices para el público en general. Trump resolvió el problema. Sus insultos personales se convirtieron en su marca única. Incluso cuando dice que se contiene, como cuando declara, respecto al senador Rand

Paul: 'Nunca lo atacué por su físico y, sin embargo, créanme, no faltarían razones'".

En los Estados Unidos de 2016, los criterios para evaluar a los políticos son los mismos que se utilizan para otras celebridades: primero, la capacidad de llamar la atención (y en este sentido Donald es un maestro); en segundo lugar, la capacidad de identificación – "¿cuánto me reconozco en él?".

La autenticidad de los participantes es la obsesión de todos los reality shows. Es esta misma condición la que, como por casualidad, se convirtió en la principal preocupación de los electores en relación a quienes participan en el reality político.

Bajo este perfil, la postura de Trump se basa obviamente en un componente escénico, pero también contiene un verdadero elemento de espontaneidad. Mucho antes de ser candidato, un inversionista extranjero le preguntó un día qué significaba "basura blanca", un apodo ofensivo usado por algunos snobs para referirse a los blancos del Medio Oeste, vistos como incultos y generalmente obesos, la mayoría de los cuales pasaban el tiempo ociosos frente a la TELEVISOR. "Son personas como yo", respondió Trump, "excepto que son pobres".

A través de la brutalidad de su lenguaje y sus provocaciones, a través de sus discursos y tuits improvisados, a través de sus chistes insultantes y sus ingenuas fanfarronadas, Trump expresa una autenticidad que lo distingue de los políticos profesionales en torno a los cuales el mundo parece deslizarse con los habituales e inquebrantables. indiferencia.

Donald está, por supuesto, un poco loco, pero es una persona real, no una asamblea artificial de consejos de asesores. Dice las cosas como son. No tiene tiempo para la corrección política y para este Estados Unidos que, dice, se pierde en charlas sobre baños transgénero y jardines orgánicos mientras las fábricas cierran y los empleos se transfieren a México y el Lejano Oriente. El estilo agresivo de Trump transmite una sensación de fuerza. Que él, sin miedo a desafiar los convencionalismos, luchará con la misma energía para cambiar las cosas.

No sorprende que esta actitud gane el apoyo de Milo y de la vasta comunidad de jugadores más radicales. A lo largo de la campaña, Trump seguirá cimentando esta alianza, retuiteando periódicamente mensajes desde los rincones más remotos de la blogósfera. A cambio, los jugadores y blogueros de extrema derecha ofrecerán al candidato republicano varios servicios esenciales. Inicialmente crearán lemas y campañas virtuales. También romperán numerosos tabúes y actuarán de tal manera que opiniones antes consideradas extremas impregnen el debate público. En parte gracias a la fuerza de las redes sociales, pero también a los reflejos condicionados de los

medios tradicionales, que caen en todas las trampas a la hora de reflejar indignados cualquier tipo de provocación.

El modelo de Milo coincide con el modelo de Trump. Ninguno de los dos podría funcionar sin los gritos de indignación del establishment, que, por un lado, propagan los argumentos de la nueva derecha y, por el otro, confirman que tales ideas son, efectivamente, antisistema. Como el cardenal Mazarino, cuyo precepto era "ex inimici salus mea", la salvación de Donald Trump proviene, ante todo, de sus enemigos. Un multimillonario puede parecer poco confiable a los ojos de la gente común, pero la hostilidad extremadamente violenta del establishment y de los periodistas hacia él llenó los galones de combustible que le proporcionó el electorado popular.

La contribución de las tropas digitales de Bannon y Milo no se limita a este aspecto. Al invertir masivamente en sitios de información y redes sociales, los trolls de extrema derecha crean un clima de intimidación en Internet. Así, cualquier observador o periodista que se atreva a pronunciarse contra ellos es bombardeado con insultos y amenazas. Es el escuadrismo en línea, practicado durante mucho tiempo por los trolls populistas en Italia. Contribuye a influir en el clima, la atmósfera en la que se desarrolla el debate. O, mejor aún, impide cualquier debate sustantivo. La Liga Antidifamación calculó que durante la campaña se difundieron en línea 2,6 millones de tuits antisemitas, la mayoría de ellos enviados a periodistas y personalidades que se oponían a Trump.

Las hordas digitales también brindan servicios más específicos al candidato republicano. En el primer debate televisivo con Hillary, por ejemplo, se movilizaron para cambiar los resultados de las encuestas online realizadas por las principales organizaciones de prensa. Es así como, aunque pierda en las tradicionales encuestas telefónicas, Trump triunfa esa noche en todos los resultados online. Time, CNBC, Fortune, The Hill y otros medios de comunicación en Internet lo declaran ganador, y el propio candidato puede tuitear sin temor: "Verdaderamente, un gran honor. ¡La investigación sobre el debate dice que el MOVIMIENTO es el ganador!"

En los próximos capítulos veremos que la campaña de Trump utilizó otras herramientas más sofisticadas en Internet para promover al candidato republicano y desalentar a los partidarios de Hillary. Y diferentes investigaciones en curso en Estados Unidos están demostrando el papel jugado por Rusia durante las elecciones. Pero, en origen, el triunfo inesperado del candidato más improbable para las elecciones presidenciales de 2016 sigue siendo, sobre todo, el resultado de una operación política y cultural que estuvo mucho tiempo oculta, antes de salir a la luz.

Por eso, cuando, en el primer cara a cara entre los dos candidatos a la Casa Blanca, Hillary Clinton acusa a Trump de vivir en su propia

realidad, Steve Bannon no puede evitar sonreír. Es cierto que Donald tiene “una concepción narrativa de la verdad”, lo que le permite adoptar un comportamiento muy creativo en comparación con los hechos reales. Pero la realidad en la que vive, y que construye día tras día con sus improvisados one-man shows y su continuo flujo de tuits, coincide con la de millones de votantes, repartidos en los cuarenta estados que no miran ni al Atlántico ni al Pacífico. Y que los privilegiados habitantes de las regiones costeras llaman, con desprecio, pasos elevados (o “desbordamientos”). Millones de estadounidenses blancos y trabajadores han estado acostumbrados, durante generaciones, a considerarse la columna vertebral de la nación. Es que,

Hillary y los liberales,¹⁸ que a menudo hablan de noticias falsas y burbujas de información, aún no habían comprendido el problema. Por supuesto, existen filtros cognitivos. Pero la verdadera burbuja, la que nos impide aprehender correctamente la realidad en el otoño de 2016, no es la formada por Trump, Breitbart y la galaxia de sitios conspiracionistas de la derecha alternativa estadounidense. Es la burbuja de demócratas, liberales y medios de comunicación de la costa Este y Oeste que repiten incansablemente que es imposible llegar a la Casa Blanca insultando a las minorías, a las mujeres, a los inmigrantes y a los discapacitados. Prueba de una incompetencia sin precedentes.

“Es un grupo de personas que hablan entre sí y no tienen idea de lo que está pasando. Si el New York Times no existiera, CNN y MSNBC no sabrían qué hacer. El Huffington Post y todo lo demás se basa en el NYT. Es un circuito cerrado del que Hillary Clinton obtiene toda su información y en el que basa su seguridad. Esta es nuestra oportunidad”. Esta fue la intuición fundamental de Bannon: la victoria de Trump es posible porque la corriente principal ni siquiera puede imaginarla. “Si dicen que no es posible, significa que podemos llegar allí”.

CONCLUSIÓN

LA ERA DE LA POLÍTICA CUÁNTICA

RONNIE MCMILLER DEDICADO toda su vida a los felinos. Desde hace 20 años dirige Millwood Cat Rescue en Edwalton, Inglaterra, una entidad cuya actividad es ofrecer refugio a gatos abandonados en el condado. Ronnie los rescata cuando están en problemas y les brinda refugio mientras los gatos esperan la oportunidad de ser adoptados por nuevas familias. Estos no son pocos en la región, dada la inagotable pasión de los británicos por los animales domésticos.

Pero últimamente, Ronnie ha notado y revelado un extraño fenómeno. Entre los felinos que recibe, la proporción de gatos negros ha aumentado desproporcionadamente. Son más numerosos que antes en sus refugios y es mucho más difícil trasladarlos a familias que buscan un animal de compañía.

Ronnie está perplejo. Se sabe que los gatos negros siempre han tenido una reputación dudosa, debido a historias de mala suerte y brujería, pero estas ideas parecían definitivamente obsoletas. ¿Volverían las viejas supersticiones?

Sin embargo, si lo analizamos más de cerca, el fenómeno no afecta sólo a los gatos negros, sino, en general, a todos aquellos con pelaje oscuro. Por alguna razón, la gente parece querer deshacerse de ellos más que antes. Y al otro lado del mostrador, no quieren adoptarlos. "¿No tienes otros?", pregunta un niño al que le propuso llevarse a casa un bonito gatito atigrado negro o marrón.

Para Ronnie, esta historia sigue siendo un misterio, sobre todo porque tiene más de 70 años y ciertas cosas ya no le vienen a la mente de forma natural. Pero, un día, alguien finalmente le da una explicación lógica, sin aparente malestar, como si en realidad fuera normal: "Mira, en realidad los gatos morenos no quedan bien en los selfies. Es difícil distinguir sus formas: aparecen como una mancha indefinida. ¿Y quién quiere aparecer en un retrato con un pequeño monstruo negro en brazos, cuando los gatos blancos y rojos son tan fotogénicos?"

La revelación deja a Ronnie con la boca abierta. Luego se enoja: ¿cómo es posible que la maldición que pesa sobre los gatos negros desde los siglos oscuros de la Edad Media esté destinada a

perpetuarse por una razón tan estúpida? Entonces, levanta el teléfono y denuncia el fenómeno a la Real Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales, la venerable institución que, desde hace unos dos siglos, vela por el bienestar de la fauna que disfruta del privilegio de vivir en el Reino Unido. Luego vino la segunda sorpresa.

El caso de Edwalton está lejos de ser un caso aislado. Fue todo el país el que se volvió contra los gatos negros. Según datos de la RSPCA, tres cuartas partes de los felinos alojados en refugios británicos son de color oscuro, una proporción que ha crecido de forma constante en los últimos años. En todo el territorio nacional, los súbditos de Su Majestad, ocupados frenéticamente en fotografiarse, como todos los habitantes de la Tierra, rechazan en masa a los gatos menos fotogénicos. Pero las víctimas de la cultura del selfie no se encuentran sólo entre los felinos.

En la era del narcisismo masivo, la democracia representativa corre el riesgo de encontrarse más o menos en la misma situación que los gatos negros. De hecho, su principio fundamental, la intermediación, contrasta radicalmente con el espíritu de la época y con las nuevas tecnologías que hacen posible la desintermediación en todos los ámbitos. Así, sus tiempos –necesariamente siempre que se basen en la exigencia de preparar y firmar compromisos– despiertan la indignación de los consumidores acostumbrados a ver satisfechas sus demandas en un clic. Incluso en los detalles, la democracia representativa parece una máquina diseñada para herir el ego de los adictos a las selfies. ¿Qué quieres decir con voto secreto? Las nuevas convenciones hacen posible, o al menos pretenden, que todos se tomen fotografías en cualquier ocasión, desde un concierto de rock hasta un funeral. Pero si intenta hacerlo en la casilla de votación, ¿se anula todo? ¡Este no es el trato al que nos hemos acostumbrado por parte de Amazon y las redes sociales!

De este descontento nacen también los nuevos movimientos populares y nacionalistas. No es casualidad que pongan en el centro de su programa la idea de someter a la democracia representativa a la misma suerte que el gato negro.

Como ya hemos visto, la instauración de una democracia directa electrónica que sustituya al antiguo sistema parlamentario es la razón de ser del Movimiento 5 Estrellas, la gran idea de Gianroberto Casaleggio, a la que su hijo no parece haber renunciado. De hecho, el gobierno de Conte introdujo el extraño oxímoron de un “ministro encargado de las relaciones entre el parlamento y la democracia directa”.

Pero, antes de los programas, hay que ver que la superación de la democracia representativa ya está disponible en la oferta de participación que los nuevos movimientos populistas proponen a sus

afiliados. Este aspecto casi siempre escapó a los observadores y, sin embargo, es fundamental para comprender la fuerza de atracción de estos movimientos. Si el deseo de participar casi siempre proviene de la ira acumulada, la experiencia de participar en los 5 Estrellas, la revolución trumpista o la vorágine de los chalecos amarillos es una experiencia muy gratificante —y muchas veces alegre—.

Las imágenes de los chalecos amarillos que recorrieron el mundo son las de la violencia en los Campos Elíseos y los saqueos de las tiendas parisinas. Pero en las redes sociales también se vieron muchas escenas festivas, con manifestantes bailando en las rotondas al ritmo de melodías populares y divirtiéndose burlándose unos de otros. Para quienes viven en condiciones de aislamiento real, sumarse al carnaval populista significa ser parte de una comunidad y, en cierto sentido, cambiar de vida, incluso si no se logran los objetivos políticos de la iniciativa.

En la retórica de las 5 Estrellas, como en los mítines de Trump, hay un tipo de lección de desarrollo personal que apunta a liberar las energías del individuo reprimidas durante mucho tiempo. "La clave del éxito de Trump", escribe Matt Taibbi, "es la idea de que las viejas reglas de la decencia fueron hechas para perdedores, que no tienen el corazón, el coraje y la 'Trumpitud' para ser simplemente ellos mismos. Ellos mismos". Es un mensaje liberador y potente, perfectamente en línea con la era del narcisismo masivo.

Además de la dimensión física, es en el ámbito virtual donde la adhesión a los movimientos nacionalpopulistas encuentra su realización más completa. Allí, los algoritmos desarrollados e implementados por los ingenieros del caos dan a cada individuo la impresión de estar en el centro de un levantamiento histórico y, finalmente, de ser actor de una historia que creía estar condenado a soportar pasivamente como un extra.

"¡Recupera el control!" —"recuperar el control"—, el lema del Brexit que es el argumento principal de todos los movimientos nacionalpopulistas, se basa en un instinto humano primitivo. Al interrogar a los supervivientes de los campos de concentración, Bruno Bettelheim descubrió que los que sobrevivían eran sobre todo aquellos que conseguían establecer una zona de control, incluso imaginaria, sobre su vida cotidiana en los campos. Los psicólogos que estudian a las personas mayores en residencias de ancianos han observado el mismo proceso. Cuando a los huéspedes de estas estructuras se les da la posibilidad de al menos elegir un cuadro o mover un mueble, vivirán mejor y más tiempo que si tuvieran que someterse a condiciones de vida completamente fuera de su control.

Este deseo de control es tan fuerte que nos acompaña incluso cuando pretendemos abandonarnos a nuestra suerte. El que juega a los dados, por ejemplo, quiere tirarlos él mismo. Y en los casos en

que el resultado está oculto, está dispuesto a apostar sumas mucho mayores en la oscuridad que después de tirar. Lo mismo ocurre con otros juegos. Cualquiera que compra un billete de lotería quiere elegir los números. Quien resuelve una disputa lanzando monedas al aire prefiere lanzarlas él mismo. Se trata de la importancia del control, un instinto tan arraigado en el hombre que nunca lo abandona, ni siquiera cuando apuesta a la ruleta.

En esencia, la democracia no es más que eso. Un sistema que permite a los miembros de una comunidad ejercer control sobre su propio destino, no sentirse a merced de los acontecimientos o de cualquier fuerza superior. Garantizar la dignidad de las personas autónomas, responsables de sus elecciones y de sus consecuencias. Por eso no podemos cerrar los ojos ante el hecho de que, en todas partes, los votantes demuestran el sentimiento de haber perdido el control de su destino debido a fuerzas que amenazan su bienestar, sin que las clases dominantes muevan un dedo para ayudarlos. Los ingenieros del caos comprendieron que ese malestar podía transformarse en un formidable recurso político y utilizaron su magia, más o menos oscura, para multiplicarlo y dirigirlo hacia sus propios fines. En términos de programa, la respuesta que los nacionalpopulistas dan a la pérdida de control es vieja: cierre. Cerrar las fronteras, abolir los acuerdos de libre comercio, proteger a los de dentro construyendo un muro, metafórico o real, contra el mundo exterior. Pero, como hemos intentado demostrar hasta ahora, en términos de formas e instrumentos, los ingenieros del caos han obtenido una ventaja. Para usar la frase de Woody Allen: en la era del narcisismo tecnológico, "los malos sin duda han entendido algo que los buenos han ignorado". En términos de formas e instrumentos, los ingenieros del caos lograron una ventaja. Para usar la frase de Woody Allen: en la era del narcisismo tecnológico, "los malos sin duda han entendido algo que los buenos han ignorado". En términos de formas e instrumentos, los ingenieros del caos lograron una ventaja. Para usar la frase de Woody Allen: en la era del narcisismo tecnológico, "los malos sin duda han entendido algo que los buenos han ignorado".

El personaje de Dominic Cummings, interpretado por Benedict Cumberbatch en una excelente ficción sobre el Brexit (*Brexit: The Uncivil War*), resume bien la forma en que se puede explorar la ira contemporánea gracias a las nuevas tecnologías: "Es como si nos encontráramos en una plataforma petrolera donde se encuentran todas estas reservas de energía ocultas, acumuladas durante años en las profundidades submarinas. Todo lo que tenemos que hacer es encontrar dónde están, excavar y abrir la válvula para liberar la presión".

Para obtener este resultado, los ingenieros del caos recurrieron en ocasiones a medios ilegales. La campaña del Brexit está siendo investigada hoy por el uso de datos recopilados por la empresa AggregateIQ, datos que permitieron enviar más de mil millones de mensajes personalizados a los votantes británicos durante la campaña.

Este tipo de abusos corren el riesgo de multiplicarse cada vez que los ingenieros del caos llegan al poder. En Gran Bretaña, nada más llegar a Downing Street como principal asesor de Boris Johnson, Dominic Cummings lanzó una gigantesca campaña de comunicación oficial a favor del Brexit, centralizando datos de todas las páginas web de la administración británica para poder enviar mensajes personalizados a cada sujeto de Su Majestad. En India, el partido nacional populista gobernante, el BJP, ha ido más allá: ofrece teléfonos inteligentes a jóvenes y mujeres, supuestamente con el objetivo de reducir las desigualdades, y luego los bombardea con mensajes propagandísticos de los candidatos del partido.

Pero, dejando de lado los abusos, la fuerza de los ingenieros del caos ha residido sobre todo en ser capaces de recordar que la política no se compone sólo de números e intereses. Puede que hayamos entrado en un mundo nuevo, pero algunos fundamentos siguen siendo los mismos. No basta con ser el primero de la categoría para ganar, hay que saber trazar el camino y, sobre todo, despertar pasiones.

La capacidad de liderazgo y la fortaleza de una visión política siguen siendo determinantes. No hay proyecto político exitoso que no traiga consigo el contagioso deseo de transformar la realidad, aunque sea dando varios pasos hacia atrás, como desean la mayoría de los nacionalpopulistas.

En una generación, los progresistas pasaron de "haz realidad tus sueños" a "haz realidad tu sueño". Durante su mandato, incluso para su aprobación, Barack Obama hizo la transición del "sí podemos", lema de sus inicios, al "no hagas estupideces" –no hagas estupideces–, su regla de conducta en la Casa Blanca.

Las fuerzas moderadas, progresistas y liberales seguirán retrocediendo hasta que sean capaces de proponer una visión motivadora del futuro, capaz de aportar una respuesta convincente a lo que Dominique Reynié llama la "crisis patrimonial": el miedo ya generalizado a perder el patrimonio material en al mismo tiempo (tu nivel de vida), y tu patrimonio intangible (tu estilo de vida).

El objetivo de este libro, repito, no es negar la importancia de respuestas concretas a esta crisis. Pero la historia nos enseña que el mayor reformador del siglo XX, Franklin Delano Roosevelt, supo combinar su visión política con una manera diferente de entender la comunicación política –lo que le permitió impedir el triunfo de los

populistas de su tiempo—. A principios de la década de 1930, el New Deal también marcó el nacimiento de la Nueva Política, una nueva política que integraba técnicas de marketing y publicidad desarrolladas en el sector privado para responder a las expectativas y demandas de los votantes. De hecho, es en esta época cuando aparecen los primeros spin doctores modernos, de los cuales nuestros ingenieros del caos son imitadores lejanos.

Hoy, la irrupción de internet y de las redes sociales en la política vuelve a cambiar las reglas del juego y, paradójicamente, si bien se basa en cálculos cada vez más sofisticados, corre el riesgo de producir efectos cada vez más impredecibles e irracionales. Interpretar esta transformación requiere un verdadero cambio de paradigma. Un poco como los sabios del siglo pasado, que se vieron obligados a abandonar las cómodas pero engañosas certezas de la física newtoniana para comenzar a explorar la mecánica cuántica – inquietante, pero más capaz de describir la realidad –, debemos aceptar lo antes posible el fin de viejas lógicas políticas. En su época, la física newtoniana se basaba en la observación a simple vista o mediante un telescopio. Describía un universo mecánico, regido por leyes inmutables, en el que ciertas causas producían ciertas consecuencias. A principios del siglo XX, los estudiosos todavía pensaban que la unidad última e indivisible de la materia estaba representada por el átomo, una partícula dotada de propiedades estables en cada uno de sus comportamientos. Pero los descubrimientos de Max Planck y los otros fundadores de la física cuántica subvirtieron esta plácida visión de la realidad.

Hoy sabemos que los átomos se pueden dividir y que contienen partículas cuyo comportamiento es extremadamente impredecible: se mueven al azar y tienen una identidad tan frágil que el simple hecho de observarlas cambia su comportamiento.

La física cuántica está plagada de paradojas y fenómenos que desafían las leyes de la racionalidad científica. Nos revela un mundo en el que nada es estable y donde una realidad objetiva no puede existir –porque, inevitablemente, cada observador la modifica desde la perspectiva de su punto de vista personal. En esta dimensión, las interacciones son las propiedades más importantes de cada objeto, y pueden existir varias verdades contradictorias sin que una invalide a la otra.

De manera similar, la política newtoniana se adaptó a un mundo más o menos racional y controlable, en el que una acción correspondía a una reacción y donde los votantes podían ser considerados como átomos dotados de una pertenencia ideológica, de clase o territorial, de la que derivaban una identidad definida y definida. opciones políticas constantes. En cierto modo, la democracia liberal es una construcción newtoniana, basada en la

separación de poderes y en la idea de que es posible, para quienes gobiernan y para quienes son gobernados, tomar decisiones racionales, basadas en una realidad más o menos objetiva. Llevado al extremo, es el enfoque que podría llevar, el día después de la caída del Muro de Berlín, a Francis Fukuyama a proclamar el fin de la Historia.

Con la política cuántica, la realidad objetiva no existe. Cada cosa se define, provisionalmente, en relación con otra y, sobre todo, cada observador determina su propia realidad. En el nuevo mundo, como afirmó el ex presidente de Google, Eric Schmidt, es cada vez más raro tener acceso a contenidos que no estén hechos a medida. Los algoritmos de Apple, Facebook o Google se encargan de que cada uno de nosotros reciba información que nos interesa. Y si, como dice Zuckerberg, nos interesa más una ardilla colgada del árbol frente a nuestra casa que el hambre en África, el algoritmo encontrará la manera de bombardearnos con las últimas novedades sobre los roedores del vecindario, eliminando así toda información referencial sobre lo que sucede al otro lado del Mediterráneo.

Así, en la política cuántica, la versión del mundo que cada uno de nosotros ve es literalmente invisible a los ojos de los demás. Lo que aleja cada vez más la posibilidad de un entendimiento colectivo. Según la sabiduría popular, para entenderse sería necesario "ponerse en el lugar del otro", pero en la realidad de los algoritmos esta operación se ha vuelto imposible. Cada uno marcha dentro de su propia burbuja, dentro de la cual ciertas voces se escuchan más que otras y algunos hechos existen más que otros. Y no tenemos ninguna posibilidad de salir de esto, y menos de intercambiar con alguien más. "Parecemos locos el uno para el otro", dice Jaron Lanier, y es verdad. No son nuestras opiniones sobre los hechos lo que nos divide, sino los hechos mismos.

En la vieja política newtoniana, la advertencia de Daniel Patrick Moynihan: "Todo el mundo tiene derecho a sus propias opiniones, pero no a sus propios hechos", todavía podría tener valor, pero en la política cuántica este principio ya no es viable. Y todos aquellos que se esfuerzan por rehabilitarlo contra los Salvini y los Trump están destinados al fracaso.

La política cuántica está llena de paradojas: los multimillonarios se convierten en los abanderados de la ira de los privados de sus derechos; los responsables de las decisiones públicas hacen de la ignorancia una bandera; Los ministros cuestionan los datos de su propia administración. El derecho a contradecirse y a marcharse, que Baudelaire invocaba para los artistas, se convirtió, para los nuevos políticos, en el derecho a contradecirse y permanecer, apoyando todo y su contrario, en una sucesión de tuits y retransmisiones en

directo en Facebook que construirán, bloquearán. a ladrillo, una realidad paralela para cada uno de los seguidores.

Desde entonces, gritar para exigir respeto a las viejas reglas del juego de la política newtoniana no ha servido de mucho. "La mecánica cuántica", escribió Antonio Ereditato en su último libro, "es una teoría física indigerible porque entra en conflicto dramáticamente con nuestra intuición y con la forma en que estamos acostumbrados a ver el mundo durante siglos". Y, sin embargo, los físicos no se quedaron quietos. Armados de paciencia y curiosidad, comenzaron a explorar las coordenadas del nuevo mundo al que los habían precipitado los descubrimientos de Max Planck y compañía.

En política, esta actitud coincide exactamente con el espíritu evocado por otro gran reformador, John Maynard Keynes, cuando, después de la Primera Guerra y la Revolución Soviética, se dirigió a los jóvenes liberales reunidos en su Escuela de Verano:

"Casi toda la sabiduría de nuestros estadistas se basó en suposiciones que fueron ciertas en un momento, o parcialmente ciertas, y que son, cada día, menos ciertas. Debemos inventar nueva sabiduría para una nueva era. Y al mismo tiempo, si queremos reconstruir algo bueno, tendremos que parecer herejes, inoportunos y desobedientes a los ojos de todos los que nos precedieron".

Es este espíritu, a la vez creativo y subversivo, del que todos los demócratas deben apropiarse para reinventar las formas y contenidos de la política en los próximos años, si quieren poder defender sus valores e ideas en la era de la política cuántica.